

EMMA MARTINELL GIFRE

La comunicación entre los españoles y los nativos de América

Emma Martinell är professor i spanska språket vid Universidad Central i Barcelona. Hennes forskning spänner över ett vitt fält: dels "traditionell" språkvetenskap, dels områden som vetter mot pragmatik, litteraturvetenskap, kultur och historia. Här presenterar hon olika aspekter av de spanska krönikorna från Amerika utifrån frågeställningen hur det gick till när de in-födda och spanjorerna kommunicerade med varandra.

1. Las crónicas

Los textos escritos en la época del descubrimiento, la colonización y la conquista de América reciben el nombre genérico de "crónicas". Ahora bien, dado que a través de la lectura de sus páginas tenemos la única visión de la América prehispana e hispana existente, conviene distinguir, aunque sea de modo somero¹, una tipología textual.

Por lo que respecta a los relatos autóctonos, los que han sobrevivido deben su pervivencia a la labor de los religiosos, que los transcribieron a los caracteres del español. Hoy en día pueden consultarse recopilaciones de ellos². En la mayor parte, el testimonio prehispano no se basa en la escritura fonológica, sino en la representación icónica, ideográfica, y también en la pintura y el dibujo.

Por lo que respecta al resto de textos, unos son los **diarios** de los navegantes, de los exploradores, de los colonizadores. Otro contingente de textos es el de las **cartas**, privadas u oficiales. Además de las cartas a los familiares, había cartas a mecenas de la metrópoli, cartas de los religiosos a sus superiores, etc. La **crónica** y la **relación** tuvieron desde el principio el carácter de documento histórico; no podían darse cuando sólo se creía haber llegado a las Indias por la ruta del oeste con el deseo de comerciar y evitar la influencia del comercio árabe y el peligro de los corsarios. Con esta voluntad historiográfica, la Corona española creó en 1570 el puesto de Cronista Mayor de Indias cuya tarea era informar con exactitud. Siete años después se remitieron a Ultramar los primeros cuestionarios, de cincuenta preguntas, con el fin de recabar información acerca de las tierras americanas.

Además de la variedad de textos, hubo variedad de autores, de edades diferentes, de grados de educación variados. Los religiosos mandados a América eran menos jóvenes que los hombres que se enrolaron en empresas militares, y de formación superior. Los labriegos o artesanos que buscaban unas mejores condiciones de vida, o la posibilidad de un enriquecimiento fulgurante seguramente nunca habían pensado en la importancia de saber escribir ni en la necesidad que tendrían de hacerlo.

Añadamos a lo anterior que unos españoles escribieron sus textos en América, mientras vivían lo que narraban, en tanto que otros recrearon los hechos mucho después, o ya de regreso a España (José de Acosta, Pedro Cieza de León, Gonzalo Fernández de Oviedo). Y no olvidemos los textos de los que nunca estuvieron en América, y los textos de autores no españoles. Cuerpo aparte forma la cantidad de crónicas escritas por mestizos o criollos.

El lector europeo contemporáneo cree, con ingenuidad, que de sus páginas emana un testimonio más objetivo acerca de la acción de los españoles; una lectura atenta y un contraste con los textos del tipo anterior³ permite advertir que el criollo defendía su total parecido con los colones procedentes de España y defendió, siglos después, su superioridad respecto del indígena. El orgullo criollo se dio cuando se erigió en clase social dirigente, primer aviso del romanticismo patriótico y nacionalista, y preparación de los movimientos de independencia.

Tampoco de los textos de autores mestizos obtenemos una imagen clara e inequívoca de su postura ante la llegada del europeo a América y de sus consecuencias. El Inca Garcilaso de la Vega es un modelo. Llega a España a los veintiún años y nunca regresa al Perú. Después de traducir los *Diálogos de amor* de León Hebreo del italiano, y de imbuirse de todo el pensamiento renacentista, emprende la redacción de los *Comentarios Reales: la historia de los Incas*. El carácter heterogéneo de los textos y de sus autores condiciona su naturaleza. Lo que es dable afirmar es que pocos de ellos escribieron con el propósito de producir un texto literario. Y, sin embargo, las crónicas constituyen el inicio de la literatura hispanoamericana, y allí, y no en otro lugar, se hunden las raíces del realismo mágico.

2. Problemas de comunicación

En la flota que Colón llevó a América viajaba un conoedor del árabe y del hebreo, que en el inicial desembarco en Guanahaní ya se vio que no entendía a los naturales. Según los textos, no parece que este hecho le hiciera dudar de haber llegado a las tierras de Oriente. Los españoles necesitaban comunicarse con los naturales ni que fuera mínimamente para aprovisionarse de agua fresca, para conseguir carne o pescado en condiciones. Les era forzoso saber dónde estaban y cómo y por dónde avanzar una vez desembarcados. Su vida dependía de conseguir una relación pacífica que evitara el enfrentamiento armado. Habría también una necesidad de comunicación derivada de la sorpresa, del extrañamiento, debidos no tanto —como se ha repetido hasta la saciedad— por la desnudez del natural, que iba desnudo en las zonas tropicales pero bien cubierto en el área andina, como por advertir que ese "otro" de ningún modo se correspondía con el oriental de entorno lujoso y refinado descrito en el relato de Marco Polo.

Aumentó el problema de la comunicación el que los españoles cambiaran de lugar con rapidez. Según el testimonio de P. Chauu⁴, en 1540 se ha-

bía recorrido y anexionado a la Corona dos millones de quilómetros cuadrados. Al principio, en noviembre de 1492, Colón todavía creía estar oyendo siempre la misma lengua. Sin embargo, durante su cuarto viaje, realizado de 1502 a 1504, reconoció que los pueblos no se entendían ni con sus vecinos. En el siglo XVIII, el jesuita Lorenzo Hervás y Panduro dio datos sobre más de trescientas lenguas⁵. En este siglo se han distinguido para la América Meridional 170 familias de idiomas y más de 2000 hablas locales⁶. Los intérpretes indios que se utilizaron a veces no valían más que para un espacio de territorio muy pequeño; en este caso se recurría a varios intérpretes simultáneos. De hecho, los indígenas utilizaban intérpretes para comerciar y pactar con otros grupos.

Otro hecho que hay que tener en cuenta es que la necesidad de comunicación no fue la misma, en el primer momento, cuando todavía se pensaba que se había llegado a un lugar con cuyos pobladores se comerciaría, y cuando se tomó conciencia de ser los primeros europeos que pisaban esas tierras, momento en el que se quiso tomar posesión de ellas en nombre del Rey de España, y convertir a los naturales en súbditos cristianos. Todo esto, claro está, requería una habilidad lingüística mucho más completa.

3. La gestualidad

La gestualidad debió de jugar un papel importante en los primeros años. Ante la sorpresa mutua en el momento del encuentro, las señales no verbales serían, seguramente, las únicas que, más o menos apropiadas, aportarían información.

La primera actividad fue señalar y nombrar. Los españoles preguntarían por el nombre del lugar, por la localización del poblado, por la condición del natural. También los naturales preguntarían quiénes eran los que estaban frente a ellos y para qué servían los objetos que nunca habían visto. La localización, la identificación y la denominación se procuraron conocer con gestos de los brazos, de las manos, de los dedos. Los textos están plagados de referencias a "gestos", "signos", "señales", "ademanes". Se pregunta y se responde por gestos; se comprende, se deduce por gestos; se habla por gestos. También la gestualidad transmitió las invitaciones, los consejos y las órdenes. Se invitó a acercarse, con expresión que tradujera la intención pacífica, se invitó a compartir la comida, se invitó a subir a los barcos. Se aconsejó no disparar, se aconsejó no comer algo. Y se ordenó, y mucho.

Uno puede formularse dos preguntas. La primera: si gesticuló más un grupo o el otro⁷. De las crónicas, que raramente aportan información sobre estados de ánimo, que no indican la exteriorización de sentimientos, que no aluden a la gestualidad que las relaciones amorosas, paternas o amistosas, conllevan, no podríamos deducirlo.

La segunda pregunta es si hubo comprensión, si españoles y naturales consiguieron entenderse. De la lectura de las crónicas no se desprende que los gestos sólo sirvieran para lo más elemental, sino todo lo contrario. Ade-

más, se tardó muy poco en conocer unas pocas palabras, las de los objetos y seres que estaban cerca y podían señalarse. Los niños fueron hábiles en repetir voces españolas, también las mujeres.

Me he estado refiriendo exclusivamente a señales de contenido concreto. Pero los españoles también emplearon el lenguaje corporal, a falta de conocer la lengua de los naturales, para comunicar conceptos en modo alguno concretos: que no eran divinos, sino mortales; que eran súbditos del mejor monarca del mundo; que estaban bautizados en la única fe verdadera. Y cuando enseñaron a los naturales a santiguarse, y las oraciones, los religiosos lo hicieron en latín.

Esta etapa, la del intercambio gestual, se enriqueció con el intercambio verbal. Entonces los textos dicen: "nos dijeron con palabras y gestos" o "lo comprendimos por las palabras y los gestos". A veces, cuando las palabras no eran lo suficientemente claras, los gestos ayudaron a la comprensión, evitando la ambigüedad.

Junto a los gestos, también fue necesario identificar, interpretar y respetar los rituales. El español veneraba la cruz, que para el natural no eran más que dos trozos de madera. Las señales de humo indígenas desorientaron a los españoles, hasta que a su vez las usaron. Otras costumbres indias nuevas para el europeo eran mascar determinadas hojas y escupir el jugo, encender unos canutillos y aspirar el humo a través de ellos. Los cronistas describieron estas prácticas con detalle, y todavía hoy se alude a sus textos como los primeros calificables de tratados de etnología o antropología.

4. La denominación en América

En América el europeo vio muchas plantas y productos por vez primera. Cuando quiso nombrarlos pudo repetir el nombre indígena oído, pero el modo elemental de nombrar era comparar lo nuevo con lo ya conocido y, a pesar de las diferencias, dar a lo nuevo el mismo nombre español. En esto influye también el hecho de que el cronista escribía para personas que quizá no pisarían nunca América. A estos lectores les sería posible evocar una realidad igual, próxima o diferente de la conocida si se le daba el nombre y se le describían las características, pero no sería capaz de imaginar nada tras la lectura del nombre indígena. De modo que a la *iguana* se la llamó *lagarto* o *caimán*, porque era a lo que más creyeron que se parecía⁸. Y se recurrió a sumar al nombre indígena el nombre de algo conocido. Así *cacique* se combinó con *jefe*, con *señor*, con *superior*. El nombre indígena de realidades cotidianas se hizo tan frecuente que los textos lo adoptaron repitiéndolo: *cacique*, *canoa*, *maíz*, *hamaca*, etc. Voces de este tipo pasaron al español peninsular; del español pasaron a otras lenguas europeas⁹, y los diccionarios, ya desde principios del siglo XVI, las recogieron. Cuando en el siglo XVIII, las expediciones científicas españolas recorrieron el Pacífico, la *canoa* fue el nombre dado a multitud de embarcaciones indígenas, incluso a las polinesias, ya se llamó *cacique* a muchos de los jefes encontrados.

El uso de la denominación nativa, cuando ésta se conocía, solo o acompañado de la voz de la realidad española más próxima, no fue impedimento para que el cronista se esforzara en describir. En las descripciones se enumeraban las características más destacadas, y ello de un modo tan preciso que casi sin proponérselo y sin haber recibido nunca preparación para hacerlo, produjeron trabajos verdaderamente enciclopédicos¹⁰. Los puntos de referencia más comunes eran la zona en la que había nacido el autor; la naturaleza del archipiélago canario también era muy evocada y, por descontado, las obras de geógrafos clásicos¹¹.

5. El intérprete

El intérprete fue un intermediario entre los dos grupos. Era normalmente indio, pero también algún español desempeñó esa función. Fueron traductores de las palabras de indios y españoles los que más habilidad mostraron para captar, recordar y reproducir voces y frases (ya hemos hecho referencia a niños y ancianos). En los textos encontramos los calificativos *ladino*, *lengua* y *lenguaraz*. Su conocimiento lingüístico iba desde uno mínimo hasta, mucho más adelante, un conocimiento profundo (el de personas que quedaron al servicio de los españoles, o bajo la custodia de los religiosos). No se convertía alguien en intérprete por voluntad propia. Lo corriente era que los españoles tomaran como prisioneros a unos que conocieran el territorio, los poblados vecinos y su lengua. A cambio de su trabajo recibían recompensas, o la libertad. Si tenemos en cuenta la velocidad del avance de los españoles, entenderemos que la función primaria del que podía farfullar las palabras más elementales era guiar, calcular las distancias, avisar del peligro de los ríos, de animales, de tribus belicosas, etc. A los intérpretes más fieles se les encargaba el *contrato* o *rescate*, es decir, el intercambio de productos. El intercambio empezó como el medio más fácil de predisponer a unos y a otros a la amistad. Así se evitaba la amenaza del enfrentamiento bélico. Más adelante el intercambio fue un modo de conseguir los españoles los productos que necesitaban para la alimentación, para la construcción, y conseguir los indios lo que más les atraía.

El intérprete permanente se hispanizaba y cristianizaba. Estaba intergrado a los españoles, y en condiciones de pactar la paz con los caciques, prometiéndoles y entregándoles regalos, siempre en nombre de los españoles, a veces en nombre del Rey de España. El intérprete adquirió más y más notoriedad y reconocimiento social. Acompañaba al notario y al escribano, y leía a los naturales, y traducía a su lengua el texto del Requerimiento¹². Era el texto por el que se les invitaba a reconocerse pacíficamente súbditos del monarca español. Si tras ser leído no era acatado, se reconocía a los españoles el derecho a intervenir con las armas.

Cuando no bastaba un intérprete, se utilizaban dos. En sus entrevistas con Moctezuma, Cortés se valió de Jerónimo de Aguilar, que sabía las lenguas de Yucatán y de Tabasco, y a doña Marina, llamada la Malinche, mo-

delo de fidelidad a un español y de desapego a los suyos, se ha estudiado abundantemente¹³. En cuanto a Aguilar, los hombres de Cortés lo habían encontrado en 1519 en Yucatán, desnudo, pintado y hecho a la vida de los mayas, que lo habían hecho cautivo nueve años antes cuando naufragó su embarcación.

Con el paso del tiempo el intérprete se convirtió en un funcionario más de la administración colonial, y su trabajo se desarrollaba en las Audiencias, donde daba voz a los pleiteantes que no hablaban español.

6. La conservación de la información

El europeo que llegó a América tenía una escritura fonográfica y valoraba los textos escritos como únicos depositarios de la información y de la cultura. Para él, el indio, que era un "iletrado", carecía de cultura. Tardó en darse cuenta de que algunos de los grupos que encontró memorizaban los hechos y almacenaban así la tradición de su pueblo. Cuando en los textos se hace tanto hincapié en la rapidez con la que los indios aprendían nuestra lengua, recitaban las oraciones en latín, incluso cantaban gregoriano, el lector de hoy ha de entender que muchos lo hicieron gracias a su capacidad retentiva, a su costumbre de memorizar. En el imperio incaico existía un modo mecánico de conservar los datos, a través de los llamados *quipus*, una sarta de cordones en los que se combinaban nudos y colores. El natural de América, por su parte, se asombró ante el papel escrito. Si oía leer en voz alta, creía que el español le estaba hablando al papel; en correspondencia, el papel, animado, le hablaría al hombre. Por esta razón, en algún momento, las páginas de la Biblia y de los Evangelios fueron menospreciadas, arrojadas al suelo ("el libro no me habla a mí").

7. El español y las lenguas indígenas

Antes hemos mencionado el asombro del español ante la multiplicidad lingüística a la que se vio enfrentado. Los textos hablan de algún soldado que se manejaba en más de una lengua, pero fueron sobre todo los religiosos los que, dedicados a la conversión, optaban por hablarles a los naturales en su lengua, al ver que era más efectivo que usar el español (la legislación al respecto fue muy fluctuante¹⁴). Casi en recuerdo de la capacidad que el Espíritu Santo había concedido a los Apóstoles cuando fueron enviados a predicar la palabra de Dios, los textos hablan de religiosos que predicaban en cuatro, en seis, en ocho lenguas. Les inclinaba a la predicación en español, por el contrario, la convicción de que las lenguas indígenas no eran aptas para verter a ellas los conceptos abstractos de la religión católica. Algo que ha resultado valiosísimo por su interés arqueológico e histórico es el aprovechamiento, por parte de los evangelizadores, de los pictogramas y de los ideogramas; se sirvieron de ellos para comunicarse de un modo más familiar con los naturales.

Las lenguas de los naturales eran muchísimas, pero los pueblos domi-

nantes reprimieron la utilización de las hablas locales e impusieron su lengua. Se dio origen así a la existencia de las *lenguas generales*. Hubo tres principales: el náhuatl en el virreinato de la Nueva España, el quechua en el virreinato del Perú y el guaraní en la actual zona de Paraguay y Argentina. Los españoles vieron en su conocimiento y difusión una solución a la heterogeneidad lingüística.

El lector contemporáneo, espontáneo o profesional, halla en los textos cronísticos producidos desde 1492 una fuente incesante de profundas reflexiones. De todos los campos que se nos brindan, hemos puesto nuestro punto de mira en el proceso por el cual se establecieron los canales de comunicación entre los pobladores naturales y los europeos.

Notas

* Este texto corresponde al tema de una conferencia impartida en Suecia en marzo de 1994, y su base son las obras *Aspectos lingüísticos del descubrimiento y de la conquista*, Madrid, CSIC, 1988, y *La comunicación entre españoles e indios: palabras y gestos*, Madrid, Mapfre, ete 1992.

¹⁾ Conviene consultar los trabajos de W. Mignolo. Citaré uno: "Cartas, crónicas y relaciones del Descubrimiento y la Conquista", en *Historia de la literatura hispano-americana*. I: Epoca colonial, Madrid, Cátedra, 1982.

²⁾ M. Garibay, *Historia de la literatura náhuatl*, México, Porrúa, 1953. M. León-Portilla, *El reverso de la Conquista. Relaciones aztecas, mayas e incas*, México, Joaquín Mortiz, 1964. M. León-Portilla, *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de La Conquista*, México, UNAM, 1989. N. Watchel, *La vision des vaincus: Les indiens du Pérou devant la conquête espagnole*, Paris, 1971.

³⁾ E. Martinell, "Formación de una lengua hispánica en América", en *Actas del primer Congreso Anglo-hispano* (Ralph Penny, ed.), Madrid, Castalia, vol. I, pp. 3-24. E. Martinell, "Formación de una conciencia lingüística en América", en *Actas del Simposio sobre las normas del español americano del siglo XVI* (en prensa).

⁴⁾ P. Chaunu, *Conquista y explotación de los nuevos mundos* (siglo XVI), Barcelona, Labor, 1973.

⁵⁾ L. Hervás, *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, y numeración, división y clases de éstas según la diversidad de sus idiomas y dialectos*, vol. I: Lenguas y naciones americanas, Madrid, Imprenta de la Administración del Real Arbitrio de Beneficencia, 1800.

⁶⁾ A. Tovar – C. Larrucea, *Catálogo de las lenguas de América del Sur. Con clasificaciones, indicaciones tipológicas, bibliográficas y mapas*, Madrid, Gredos, 1984.

⁷⁾ J. Romera Castillo, "Rasgos kinésicos en el 'Diario' de Cristóbal Colón", en *Literatura hispánica. Reyes Católicos y Descubrimiento*, Barcelona, PPU, 1989, pp. 115-124.

⁸⁾ E. Martinell, "Iguana", en *De orbis Hispani linguis litteris historia moribus: Festschrift für Dietrich Briesemeister zum 60. Geburtstag* (Hrsg. von Axel Schönberger und Klaus Zimmermann), Frankfurt am Main, Domus Ed. Europeae, 1994, Band II, pp. 1223-1236.

⁹⁾ T. Buesa Oliver – J. M^a Enguita, *Léxico del español de América: su elemento patrimonial e indígena*, Madrid, Mapfre, 1992. El proceso de incorporación de indigenismos a nuestra lengua lo he estudiado yo misma en "Visión del cambio léxico en las crónicas de Indias", en *El cambio lingüístico en la Romania*, Lleida, Estudi General de Lleida, 1990, pp. 61-78.

¹⁰⁾ E. Martinell, "Valor lexicográfico de las cartas, crónicas y relaciones de Indias", en *Homenaje al prof. Ramón Trujillo* (en prensa).

¹¹⁾ E. Martinell, *Canarias antes de la Edad Moderna*, Las Palmas de Gran Canaria, Fundación Mutua Guanarteme, 1992.

¹²⁾ S. Benso, *La conquista di un testo. Il "Requerimiento"*, Roma, Bulzoni, 1989.

¹³⁾ El trabajo más reciente del que tenemos conocimiento es de A. Albonico, "Bernal Díaz del Castillo e Malinche: la ricreazione teatrale di Jerónimo López Mozo", en *Convegno Il letterato tra miti e realtà del Nuovo Mondo* (Venezia, 1992, en prensa).

¹⁴⁾ M. Briceño, *La obligación de enseñar el castellano a los aborígenes de América*, Caracas, Academia Venezolana de la Lengua, Col. Logos, vol. IV, 1987. E. Martinell, *La comunicación...*, ver el cap. VI: Los dictados de la Corona y la postura de los religiosos.

Ett modernt språk kräver aktuella ordböcker

Norstedts randiga ordböcker är Sveriges nycklar till utlandet, till Europa och den övriga världen.

Sedan förra hösten har en mängd randiga ordboksnyheter kommit ut: Norstedts *svensk-spanska*, Norstedts lilla *franska* och Norstedts *stora engelsk-svenska* och *stora svensk-engelska* kom 1993. Under hösten 1994 har nya fräscha ordböcker i mellanstorlek till och från *engelska*, *tyska* och *italienska* utkommit.

Du som har krav på ett modernt ordförråd behöver aktuella ordböcker!

NORSTEDTS Aktuella ord sedan 1823

